

CHANTAL DELSOL,
POPULISMOS. UNA DEFENSA DE LO INDEFENDIBLE,
TRAD. M. MORÉS, PAIDÓS-ARIEL, BUENOS AIRES,
2015, 186 PP.

Carlos I. MASSINI CORREAS

UNIVERSIDAD DE MENDOZA (ARGENTINA)

carlos.massini@um.edu.ar

La temática del populismo político está evidentemente de moda en Iberoamérica; recientemente se han publicado varios libros en su favor (Ernesto Laclau, *La razón populista*), o en su contra (Loris Zanatta, *El populismo*; Miguel Wiñazki, *Crítica de la razón populista*). En general, estos libros se centran en las versiones ibero-americanas del populismo, surgidas bajo la inspiración del modelo chavista venezolano. El libro que ahora se comenta (cuyo título en francés es *Populisme. Les demeurés de l'histoire*) forma parte de otro ámbito de ideas, el estrictamente europeo contemporáneo, y en él se analiza con extensión, riqueza de los análisis y profundidad de las argumentaciones, el fenómeno de los movimientos populistas de derecha europeos, tales como el Frente Nacional francés, *Forza Italia* de Berlusconi, el partido *Ley y justicia* de los hermanos Kaczynski en Polonia y el movimiento de Jörg Haider en Austria. También se podría sumar a este grupo a los denominados *comunitaristas* norteamericanos, liderados por Mary Ann Glendon, Robert Bellah y el canadiense Charles Taylor, aunque Delsol no hace referencia alguna a ellos.

La tesis central de Delsol en este libro es que todos estos partidos, a los que se denomina peyorativamente “populistas”, surgen como una reacción frente a la ideología preponderante en las élites europeas, heredera de la Ilustración francesa y que propugna la emancipación universal de los individuos de todo tipo de arraigo particularista y

comunitario. Y en especial, la liberación humana de cualquier norma moral “heterónoma”, y la afirmación de los derechos individuales y de los sistemas económicos de mercado preponderante. Esta ideología, al igual que todas, supone una conceptualización y universalización de la existencia humana, así como un alejamiento de las realidades más concretas: la familia, la comunidad local y la patria; y todo esto en nombre de una liberación abstracta, que considera al hombre como meramente autónomo y desligado de vínculos morales, políticos o jurídicos concretos. Sostiene la autora que “en esta guerra de dioses que se lleva a cabo entre emancipación y arraigo, las élites se encuentran sobre todo del lado de la emancipación, y los pueblos más del lado del arraigo” (p. 82).

Los sectores populares, afirma Delsol, que en otras épocas hacían profesión de marxismo o al menos de socialismo, hoy en día se han transformado en pequeño-burgueses, con su departamento, su auto y sus vacaciones (aunque modestas) en la playa y no tienen interés alguno en perder todo lo que ha logrado en aras de una revolución universal liberadora, que sospechan que los liberará del departamento, el auto y las vacaciones. Por eso, las élites semi-intelectualizadas (e ideologizadas) de Europa deprecian a esta gente simple, que ama su región, su país, su trabajo y su cultura, desconfía de los inmigrantes y los ecologistas, protesta por el matrimonio homosexual y porque los colegios son un desorden donde no se enseña nada.

Delsol muestra cómo la última etapa de la ideología de la emancipación es el comunismo y cómo Lenin se separó de las huestes del populista Pléjanov, que defendía a las masas campesinas rusas tratando de mejorar su situación real mediante medidas concretas. Lenin, luego de haber leído a Carlos Marx, asumió que el populismo elemental de su colega Pléjanov debía ser superado por una revolución mundial, protagonizada por el proletariado industrial y encabezada por la élite intelectual del Partido Comunista, que emancipara a toda la humanidad y para siempre de las cadenas de la moral, la economía y el derecho, pero sobre todo del localismo, el particularismo y las exigencias de la realidad concreta. Por eso en la Unión Soviética el gran enemigo del Partido

gobernante y de la colectivización que éste imponía fueron los campesinos, fieles a la Iglesia Ortodoxa y necesitados de soluciones simples y concretas para los problemas de la vida cotidiana. Esta oposición terminó con la exterminación de los *kulakí* (pequeños campesinos) como clase, que se concretó en varios millones de muertes anticipadas por hambruna o asesinato y otras tantas deportaciones a los campos de concentración del Gulag.

Para Delsol esa fue la realización extrema e irracional de la ideología de la emancipación, que en nuestros días se ha difundido en una versión *soft* o *light*, que se concreta en lo que se denomina “políticamente correcto”. “En el contexto democrático posmoderno –escribe la autora– el populista es un maleducado: no sigue las reglas consensuadas de la convivencia. Lo que se suele llamar ‘políticamente correcto’ no indica forzosamente que exista un pensamiento prefabricado [aunque de hecho existe], sino que no se debe decir crudamente todo aquello que uno piensa. Esta regla de ética ciudadana –concluye– va demasiado lejos, en efecto, hasta impedir que se desarrolle el pensamiento libre, ya que a fuerza de no poder decir nada, se acaba por no pensar nada tampoco” (p. 65).

La ideología de la emancipación predominante, tiene repercusiones alarmantes en al ámbito de la filosofía de la educación y de la pedagogía; en efecto, según expone acertadamente la autora, “educar significa, al menos en nuestra tradición, formar un espíritu que sea capaz de pensar por sí mismo. No se puede confundir educar con prescribir un contenido de pensamiento. Educar a la ciudadanía no consiste en defender una ideología, sino en desarrollar cualidades de discernimiento, de juicio, de responsabilidad, que permitirán a cada uno forjarse su propia opinión sobre el destino común” (p. 171). Por el contrario, la pedagogía “emancipatoria” tiene por objetivo convencer de una sola línea de pensamiento: la ideología de la liberación. Parte de la base de que el niño es biológica y psicológicamente autónomo y que resulta “políticamente incorrecto” ponerle límites, por razonables que estos sean. El resultado es el que todos conocen: los estudiantes no aprenden prácticamente nada, ni

a respetar nada, ni a pensar por su cuenta; esto último resulta especialmente peligroso para una ideología de pensamiento único, que pretende que los sujetos repitan lo que se les dicta, pero que no piensen con sensatez y realismo.

Chantal Delsol saca de todo esto una conclusión fundamental: el hombre no es mero arraigo, ni simple abstracción universal; no se trata de defender a ultranza un particularismo cerrado, ni de diluirse en un universo sin límites, ni geográficos, ni culturales, ni morales. De lo que se trata es de desplegar las dos tendencias humanas fundamentales: la de permanecer arraigado en el ser y la voluntad de transformarse mediante la liberación de energías novedosas y de posibilidades todavía no explotadas. Esta fue, por otra parte, la gran enseñanza del pensamiento clásico, que la autora conoce con excelencia y erudición, y que repropone –aunque no con la claridad que sería conveniente– para recuperar el arte de vivir una vida buena y armoniosa.

El libro que acabamos de comentar resulta una contribución destacada a la tarea de revigorizar la cultura, volver más realista a la política y ordenar la vida de las personas a la realización humana completa. Vale la pena leerlo con detenimiento, ahondando en sus tesis centrales y repensando sus propuestas audaces.

El autor es Doctor en Ciencias Jurídicas y Doctor en Filosofía, Profesor Titular Ordinario de Filosofía Jurídica en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales y de Bioética en la Facultad de Ciencias de la Salud en la Universidad de Mendoza. Es Investigador Superior de Tiempo Completo en el Departamento de Investigaciones Científicas y Tecnológicas de esa misma Universidad. Sus áreas de interés son la Filosofía Práctica, la Ética, la Filosofía del Derecho y la Bioética. Posee múltiples publicaciones en el país y en el extranjero